

Artículos educativos

Meditación sobre el calvario

Escritor

Manuel Rodríguez
Ramírez

Editor y editora

Jaime Delgado,
Marissa I Galván Valle

La crucifixión de Cristo es uno de los acontecimientos más importantes de la historia. No hay guerra, ni batalla, ni tratado de paz, ni invención, ni descubrimiento, ni nada que la historia haya narrado que haya tenido el significado y la trascendencia del drama de la cruz.

Este acontecimiento tomó lugar un viernes, posiblemente, el viernes 15 de Nisán del calendario judío. De acuerdo con nuestro calendario, algo así como el 7 de abril del año 30 de la Era Cristiana. Se efectuó en una pequeña elevación de unos quince pies de altura llamada «Gólgota», o «Cráneo», pues, a distancia, este montículo daba la impresión de una calavera. Esta elevación está situada en la parte noroeste de las afueras de la ciudad de Jerusalén y éste era el lugar en donde se llevaban a cabo las ejecuciones de criminales y malhechores judíos por parte del Imperio Romano.

Vale la pena destacar que esta crucifixión, la de nuestro Señor, fue el resultado de un largo proceso de agitación popular en la que intervinieron muchos factores determinantes. El primero de ellos fue, por supuesto, el factor preponderante de la persona de nuestro Señor.

El historiador judío del primer siglo de la era cristiana, Flavio Josefo, quien escribió sobre las antigüedades del pueblo judío y sobre sus guerras, dice: «Existió en esos días Jesús, un hombre sabio, si es justo llamarlo hombre, porque fue hacedor de muchas maravillas, un maestro tal, que los hombres recibían su verdad con placer. Éste atrajo a muchos judíos y también a muchos gentiles. Cuando Pilato, a sugerencia de los principales de los nuestros, lo condenó a morir en una cruz, aquellos que le amaron desde el principio no le abandonaron...». Esto es todo lo que Josefo dice acerca de la crucifixión de Cristo. Aparentemente para él, un judío romanizado, esta crucifixión fue una ejecución más.

En un libro titulado *El significado de Cristo*, Robert Clyde Johnson habla de la crucifixión como «un enigma supremo». Es aquí, dice él, donde la cruz de Cristo entra en la experiencia humana. Cuando pensamos en este hecho, nos parece como una de las más extrañas anomalías de la historia, que la comunidad cristiana primitiva entendiera que la cruz la liberaba de su culpa. ¿Cómo puede ser

esto?, se pregunta Johnson, pues todo lo que posiblemente puede ser dicho de este acontecimiento, como un hecho histórico, es que un carpintero fue cruelmente colgado en una cruz grotesca.

Lo que para muchas personas fue una crucifixión más, algo brutal, primitivo y sangriento, para nosotras y nosotros, parte del pueblo cristiano, tiene un carácter especial. Lo que parecía una tragedia nos resulta un triunfo. Lo que aparentemente no tenía explicación ni sentido, que en una cruz donde siempre morían criminales, muriera quien se había entregado a hacer justicia ya pregonar el amor y el perdón de Dios, para su pueblo sí tiene sentido y explicación: en esa cruenta y dolorosa cruz, Dios se reveló a la humanidad en toda su plenitud. Dios nos habla, mediante la persona de Cristo, precisamente en los momentos en que, azotado, herido, burlado, agonizante, humanamente imposibilitado de defenderse, reducido a la más denigrante impotencia, sacrifica su vida en la cruz. Esta aparente impotencia es una revelación del carácter de Dios, de su amor y, aunque, parece una paradoja, de su poder extraordinario.

El concepto que, a través de los siglos, la humanidad ha tenido de la persona de Cristo siempre ha oscilado entre dos extremos. Unas personas han querido deshumanizar a Cristo y otras han querido despojarlo de su condición de *Hijo de Dios*.

A nuestro entender, es en la cruz cuando Cristo nos revela más clara y elocuentemente su condición de Hijo de Dios: Cuando el ser humano condena, Dios salva; cuando castiga, Dios perdona; cuando acusa, Dios defiende. Él no vino al mundo a condenar ni a castigar ni a acusar, sino a buscar, en nombre de su Padre, y a salvar lo que se había perdido. Él vino a dar su vida en rescate por muchas personas; su sacrificio era necesario. En la cruz mostraría el supremo amor de Dios, un amor que sufre por quienes lo aman. La esencia del amor es esa: dar la vida por sus amigos y amigas, sufrir por quienes sufren, llorar por quienes lloran, morir por quienes, de otra manera, estarían condenados a morir eternamente.

Sin embargo, es también en el Calvario donde Cristo nos muestra su condición de hombre: La forma viril con que hizo frente a su muerte cruel nos habla de su humanidad. Es interesante notar que en los primeros siglos de la era cristiana muchos cristianos y cristianas fueron parte de una corriente filosófica llamada gnosticismo. Para la comunidad gnóstica, Jesucristo no podía ser un hombre verdadero bajo ningún concepto. EL Evangelio de Juan fue escrito al final del primer siglo de la era cristiana, precisamente para dar un golpe de muerte a esta filosofía y para fortalecer la certidumbre de que Cristo fue un verdadero hombre. De allí el énfasis que el evangelio hace en el hecho de que Cristo, el Verbo, la encarnación del Padre, tenía

verdadera sustancia humana, *se hizo carne y vivió entre la humanidad y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.* En la cruz no murió un espíritu que no sentía los dolores de la muerte, sino un hombre con toda su integridad humana. Es este el mismo Jesús de quien dijo Pilato cuando le entregó en mano de sus opresores: «He aquí el hombre».

El Calvario no es solamente la cima donde el Señor fue crucificado, sino que es también la cúspide de la revelación de Dios a la humanidad. Es allí donde se da el mensaje más potente y dramático que Dios jamás nos haya expresado. Cristo hizo en la cruz, lo que la humanidad jamás hubiese podido hacer por si misma: con un brazo Cristo se agarra de Dios y con el otro nos levanta. Cristo es el puente que venció el abismo que nos separaba de Dios. ¡A él sea la gloria por siempre!